

## XIX

## Tres por dos.

Por la noche, á la hora que habia sido concertada con el marqués de Fúcar, Leon se dirigió al gabinete de Pepa. Estaban allí don Pedro, su hija y otra persona. Monina, que poco antes enredara junto á su madre, habia sido condenada al destierro de la cama, ostracismo casi siempre acompañado de lágrimas, del cual no se libran los pequeños cuando los grandes tienen algo grave que tratar. Sepultado en un sillón estaba el imponente marqués, la carnosa barba sobre el pecho, los labios salientes, como algo que sobra en la cara, juntas las cejas entre un dédalo de arrugas, las cuales parecían compendiar en cifra todas las batallas dadas dentro de aquella cabeza contra la exageración. La tercera persona que allí estaba era un anciano de cabellos blancos, muy seco de rostro y no ménos

corto de vista, á juzgar por la mucha convexidad de los cristales de sus anteojos de oro, montados sobre una nariz semejante, por su majestad y atrevida curvatura, á las que se ven en las peluconas. Tenía la seriedad de un hombre de estudio, confundida con el patriarcalismo algo candoroso de un buen abuelo. Todos vestían de negro. A Pepa se le salía á los ojos el luto del corazón.

—Aquí está,—dijo el padre á la hija, tomándole una mano y acariciándosela.

—Ya le veo,—replicó la dama mirándole y dejando de mirarle en seguida,—y ahora me dirá lo que mi padre me ha anunciado y no he querido creer.

—Hija adorada,—añadió Fúcar,—se trata aquí del honor, del deber, de las conveniencias sociales, de la moral absoluta y de la moral consuetudinaria... Considera... No se puede hacer todo lo que se quiere.

—Ya lo veo, ya lo veo...—murmuró Pepa, mirando con atónitos ojos el tapete de la mesa que delante estaba.

—Por mucho que me cueste declararlo,—dijo Leon considerando que convenía la brevedad,—yo declaro que me creo en el deber ineludible de separarme de la mujer que amo y de renunciar á todo proyecto de unirme á ella.

Nadie contestó á estas palabras. Pepa, dejando caer la cabeza sobre el hombro de su padre, habia cerrado los ojos. Tomándole una mano, que ella le abandonó sin movimiento alguno, Leon pronunció estas palabras:

—Por la grandeza de las ocasiones se mide la grandeza de las almas.

Despues de una pausa, D. Pedro, comiéndose la mitad de algunas palabras y contrayendo mucho la boca, habló así:

—Y yo declaro que hemos llegado á esta solucion salvadora y pacífica gracias al convenio que celebramos el Sr. D. Justo Cimarra y yo, por el cual convenio mi digno amigo responde de que su sobrino renunciará á la querella...

Don Pedro se atascó. D. Justo vino en su ayuda, diciendo:

—A la querella y á los derechos que la ley le otorga.

—Eso es. Renuncia á usar el arma fuerte que la ley pone en su mano, con tal que desaparezca el que por la moral, por la ley, por la religion, está demás en este horrible encuentro de tres personas allí donde no debe haber más que dos... Querido amigo,—añadió volviendo hácia Leon su mirada conciliadora,—tú, renunciando á ese imposible jurídico y moral, que la costumbre y el desenfado

de la gente corrompida de nuestros dias convierte en posible, has evitado un escándalo vergonzoso. Yo te lo agradezco de todo corazon, y...

Don Pedro volvió á mirar á D. Justo, como suplicándole que siguiera.

—Las circunstancias del hecho en cuestion,—dijo éste inclinándose y poniendo en ejercicio su dedo índice, que era en él acentuacion y complemento de su palabra,—son raras. Por mi parte, veo con gusto que no siga adelante la querella. Yo fui el primero en aconsejar á mi sobrino que renunciase á ella, previa ausencia definitiva del señor (el dedo del magistrado marcó á Leon). Pero como las circunstancias de este hecho son raras, no me cansaré de repetirlo, como el escasísimo valer moral de mi sobrino parece que justifica la rebelion que deseamos evitar (el dedo nombró á Pepa con su insinuacion muda), tambien he sido el primero en aconsejarle una concesion, reclamada por el señor (Leon vió el dedo cerca de sí), y que entraña cierto espíritu de justicia prudencial, lo reconozco. En vista de todo lo expuesto, creí prudente concertar con el señor (el dedo, fluctuando en el centro del grupo como una brújula del pensamiento, señaló al marqués) los términos de estas paces honrosas. Empe-

fiando mi palabra honrada, me comprometo en nombre de mi sobrino á admitir la condicion exigida por el señor y respondo de su cumplimiento.

El venerable magistrado, que daba á las pausas oportunas gran importancia para la claridad del discurso, hizo una muy breve, y despues siguió así:

—La condicion exigida por el señor y aceptada por la parte que es forzoso llamar inocente, ateniéndonos á la ley, es que la señora vivirá con su padre y su hija en Suertebella, y que mi sobrino no traspasará por ninguna causa ni pretexto la verja de esta finca, realizándose así una separacion, que no por ser amistosa deja de ser absoluta.

—Y todo ha concluido de un modo satisfactorio,—dijo el marqués, desarrugando el ceño y acariciando con sus gruesos dedos los cabellos de su hija, que no decia palabra ni abria los ojos.—El tiempo, el tiempo, nuestro querido médico que todo lo cura... ¿No crees lo mismo, Leon?

—Por mi parte,—replicó éste,—no espero del tiempo lo que éste no podrá darme tal vez. Detesto el olvido, que es la muerte del corazon. Tales como son hoy mis sentimientos los conservaré mientras viva; pero lejos, donde no puedan perturbar ni ser ejemplo de

un vicio que he condenado siempre y que condeno tambien ahora. He perseguido con afan un ideal hermoso, la familia cristiana, centro de toda paz, fundamento glorioso de la virtud, escalá de la perfeccion moral, crisol donde cuanto tenemos, en uno y otro órden, se purifica. Ella nos educa, nos obliga á ser mejores de lo que somos, nos quita las asperezas de nuestro carácter, nos da la más provechosa de las lecciones, poniendo en nuestras manos á los hombres futuros, para que desde la cuna les llevemos á la edad de la razon. Pues bien; todo esto ha sido y continúa siendo para mí un sueño. Dos mujeres se han cruzado conmigo en el camino de la vida. Dióme la primera la religión, y la religion, mal interpretada, me la quitó. La segunda dióme ella misma su voluntad y su corazon; y yo la tomé; pero las leyes me la piden, y no puedo ménos de entregarla. Tan infructuosas como con aquella serán mis tentativas para labrar con ésta la hermosa realidad que deseo. La sociedad ha dado esta mujer á otro hombre, y si me la apropio me condeno y la condeno á vivir en perpétuo deshonor, iguales ambos á la multitud corrompida que abomino; nos condenamos á arrojar nuestro deshonor sobre seres inocentes, que no tienen culpa de las equivocaciones cometidas antes

de su nacimiento, y que entrarían en el mundo con la vergüenza del que no tiene nombre.

Besando la mano que Pepa abandonaba entre las suyas, prosiguió así:

—La presencia de dos personas que se escandalizarán de mis palabras no me impide manifestar lo que siento ahora. Para mí esta mujer me pertenece, la considero mía por ley del corazón. Yo, que soy subversivo, adoro en mí esta ley del corazón; pero cuando quiero llevar mi anarquía desde la mente á la realidad, tiemblo y me desespero. Quédese en la mente esta rebelion osada y no salga de ella. Quien no puede transformar el mundo y desarraigar sus errores, respételos. Quien no sabe donde está el límite misterioso entre la ley y la iniquidad, aténgase á la ley con paciencia de esclavo. Quien sintiendo en su alma los gritos y el tumulto de una rebelion que parece legítima, no sabe, sin embargo, poner una organizacion mejor en el sitio de la organizacion que destruye, calle y sufra en silencio.

—Todos somos esclavos de las leyes que rigen en nuestro tiempo,—dijo el magistrado con entonacion severa.

—Es verdad,—añadió Leon que parecia decir las cosas para que sólo su amiga las oyera; —nuestro espíritu forma parte aún del espíri-

tu que las hizo, y si en esas leyes hay errores tenemos la responsabilidad de ellos y debemos aceptar sus consecuencias. Si todo aquel que se siente herido por esta máquina en que vivimos tirase á romperla sin reparar en que la mayoría se mueve holgadamente en ella, ¡qué sería del mundo! Dejémonos herir y magullar, llorando interiormente nuestra desgracia y deseando vivir para cuando esté hecha una máquina nueva. Y esta máquina nueva, no lo dudes, también herirá á alguno, porque un mejoramiento nuevo en la vida humana será la señal de un malestar nuevo. Nuestro vivir es una aspiracion, una sed que se renueva en el momento de aplacarse. Si no pudiéramos concebir de otro modo nuestra inmortalidad, la concebiríamos fácilmente mirándonos subyugados á cada instante y en los actos grandes ó pequeños por la idea de lo mejor y seducidos por la belleza de ese horizonte que se llama perfeccion. ¡Si supieras tú, pobre mujer, lo que he batallado con mi pensamiento despues de lo que hablamos anoche!... Todos los imposibles que se nos presentaron los examiné. Podia tan fácilmente salir de este laberinto dejándome llevar del anhelo de mi corazón y escudándome con una moral abstracta, egoista, que nadie comprenderia más que yo mismo, y que aún yo mis-

mo no podría formular claramente... Tú dispuesta á seguirme, un coche á la puerta, todos los medios materiales de nuestra parte, ningun obstáculo, arrojo bastante para despreciar el fallo de los hombres... ¡Partir y guarecernos en país extranjero! ¡Qué fácil y cómodo era esto! Tú mi concubina, yo tu amante; ambos en descarada práctica de la anarquía social, é infamando con nuestra union ilícita la más noble y grande institucion de la sociedad humana; yo perseguido por una sombra, tú por un vivo que en todas partes y en toda ocasion alegraría el derecho que tiene sobre tí; ambos sin razon contra nadie y todos con razones mil contra nosotros; tu hija creciendo y viviendo con este ejemplo execrable ante sus inocentes ojos; tú sin fuerza moral para contenerla si algun dia se sintiera inclinada á ser manceba del primero que lograra hacerse amar de ella. Puestos á romper, es preciso romperlo todo, no dejar lazo alguno que ate y consolide el mundo... Todo cuanto puede discurrirse sobre esto lo discurrí. Tambien pensé que podia quedarme aquí para calmar mis ánsias con el placer de sentirte cerca de mí, aunque no te viera ni te hablara. Pero esto es tambien imposible. Si sigo cerca de tí, los dos á un tiempo, y sin darnos cuenta de ello, nos juntaremos. Un hombre

aborrecido se interpone, me ciego, no puedo reprimir el odio que me inspira y... lo conozco, lo presiento... esto acabará con sangre. Si no me alejo pronto, veré cómo crece y me invade esta especie de perversidad que en mí ha nacido y que es... como una recóndita vocacion del homicidio. Bajo esta frialdad que razona, bullen en mí no sé qué fuerzas tumultuosas que protestan aspirando á apartar violentamente los obstáculos. Algo hay dentro de mí que me impulsa al empleo de la fuerza, á la rebeldía; pero me espanto al reconocermene incapaz de fundar nada sólido, ni justo, ni moral, sobre el atropello ni sobre la sangre. Me amparo á mi conciencia y en ella me embarco para huir de tí. Huyo por no deshonorarte, por no entristecer la juventud de tu hija querida.

Sin mover su cabeza del hombro paternal, ni abrir los ojos, Pepa dijo estas palabras llenas de amargo desaliento:

—Yo no sé razonar... Busco en mí el raciocinio y á donde quiera que miro dentro de mí no encuentro más que el corazón.

Incorporóse lentamente y abriendo á la luz, más sin mirar á nadie, los encendidos ojos, añadió:

—Me siento castigada... Al ver que no se rompe el grillete que me une al infame no pue-

do ménos de recordar que yo tengo toda la culpa, ¡yo, sí! porque en un momento de despecho me uní al bandido con lazo eterno. ¡Horribles cosas hacemos, y luégo nos espantamos de las consecuencias! Yo me precipité en el mal, envileciéndome y envileciendo á mi padre, yo hice del matrimonio una burla horrible y criminal... ¿Por qué no esperé entónces? Me arrastró á casarme no sé qué pavoroso instinto de martirio. ¡Atroz vanidad del dolor que tiende á aumentarse!... Después cuando me he creído libre; ¿por qué viniste á mí? Equivocados ambos nos habíamos aprisionado con lazos distintos. Cuando tú fuiste libre yo me sentí de repente asida por la fatal argolla... Yo esperé que hubiera una mano valiente que la rompiese.

—Para romperla es preciso matar á alguno,—dijo Leon prontamente.

Pepa calló.

—Yo soy la asesinada,—exclamó tras lúgubre pausa, mirando al suelo.—No, no me conformo con mi muerte, ya la llame desgracia, ya la llame castigo... ¡Qué triste es esto de sacrificarme... sí, muy triste!... aunque deba ser, aunque lo merezcamos... Veo delante de mí á dos personas respetables, un padre, un juez. Pues ante ellos ¿os y ante tí... ¡hombre mio!...

Clavó sus ojos en Leon con expresion que

no podia decirse si era de cariño ó de rencor. Hinchó su pecho. Parecia que necesitaba beberse todo el aire para decir:

—Hombre mio, ante estos dos y ante tí digo que este abandono...

Se echó á llorar, añadiendo puerilmente: —... es una picardía.

Oyóse después la voz reposada y persuasiva del magistrado que, manteniendo esta vez en reposo su dedo, habló así:

—Reduzca usted á sus verdaderas dimensiones lo momentáneo para no mirar más que lo eterno. El alma se engrandece con el dolor y hace de éste una especie de majestad que reina en la conciencia.

—Es verdad,—dijo Leon con tristeza.—Nuestras mismas heridas nos revelan, doliéndonos el secreto de una compensacion inefable. Pepa, querida amiga y esposa mia, esposa por una ley que no sé definir, que no puedo aplicar, que no sé traer de ningun modo á la realidad; pero que existe dentro de mí como el embrion de una verdad, de una santa semilla, sepultada aún en las honduras de la conciencia, entra en tí y te hallarás más noble y grande con tu dolor que con tu pasion satisfecha. Vencidos y humillados por esto que nos abruma separándonos y que es un no sé qué grandioso y respetable mezclado con

algo de iniquidad é injusticia, conjunto indescifrado, espantoso, sobrenatural, aterrador, triunfamos por la manera más augusta del triunfo. Tú eres religiosa, yo creo en el alma inmortal, en la justicia eterna, en los fines de perfeccion ¡breve catecismo, pero grande y firme! Hemos caído, somos víctimas y mártires. El esperar no tiene límites. Es un sentimiento que nos enlaza con lo desconocido y nos llama desde lejos, embelleciendo nuestra vida y dándonos fuerza para marchar y resistir. No cometamos el crimen de cortar este hilo que nos atrae hácia un punto que, no por estar lejano, deja de verse, sobre todo si los ojos de nuestra conciencia no están empañados. Vence la desesperacion, véncela, resígnate y espera.

—¡Esperar!... ¿No anunciaba yo que moriría esperando? — dijo Pepa con amargura, repitiendo una idea antigua en ella. — ¡Horrible castigo mio, bien me decia el corazón que tu verdadero nombre es Esperar... ¿Y si muero?

—No importa.

—¿Que no importa?... — murmuró la mujer demostrando que el acalorado espiritualismo de Leon no le satisfacía.

Él quiso decir más, pero sus argumentos se habian agotado, las ideas de consuelo y de esperanza que sacaba de su mente se le per-

dian como armas inútiles que se quiebran entre las manos en el fragor de un rudo combate. Ya no sabia qué decir. El sentimiento, que rara vez se aplaca con las ideas y que él habia tratado de someter y encadenar, se sublevaba, invadiéndolo todo y reclamando su cetro despótico y su imperio formidable.

Se levantó.

—¿Ya?—dijo la dama espantada, volando hácia él con una súbita expansion del alma, representada en los ojos.

—¡Maldito sea yo!—gritó Leon rompiendo en ahogado llanto.—Miserable ergotista, estoy apuñaleándome con mi lógica. Farsa horrible de la idea, de la moral, no me tendrás.

Pepa juntó las manos como el que reza para morir. Iba á decir algo subversivo, profundamente subversivo que le salía del alma como la lava de un volcan... pero entró la criada que cuidaba á Monina. Venia despaavorida, temblando.

—¿Qué hay?—preguntó el marqués.

—Allí está... allí...

—¿Quién?

—Un hombre... Ha entrado de repente... está besando á la niña.

—¡Oh! ¡será él!...—exclamó Fúcar lleno de turbacion.

—¡El!

—Quedamos en que no vendría.  
 —¡Es él... él aquí!— gritó Leon perdiendo de súbito la lógica, la serenidad, las ideas, la razón, la prudencia, el llanto y no siendo más que un demente...—¡Que entre!... ¡Se atreve á profanar esta morada... Me alegro que me encuentre aquí... ¡le arrojaré como á un animal dañino!

Miró á la puerta... Apareció en ella un hombre. Pepa, lanzando desgarrador grito, cayó sin sentido. D. Pedro quiso enlazar con sus fuertes brazos á Leon para aplacarle, y el anciano venerable corrió indignado á detener al que estaba en la puerta.

—¡Por piedad, por todos los santos!...—exclamó D. Pedro.

—Atrás,—dijo D. Justo,—no des un paso más.

—¿Qué buscas aquí?—gritó Leon con insolente desprecio.

—Vete,—dijo el magistrado á su sobrino.

—¿Olvidas lo pactado?

—No... el pacto no rige aún, repuso el otro sin avanzar un paso y mirando á Leon con la glacial fiereza de una bestia felina.—He venido á ver mi hija por última vez. No faltaré al compromiso si los demás lo cumplen. No tengo interés en venir aquí, con tal que no estés tú.

—Te suplico que salgas,—dijo D. Pedro á Leon.

—Él primero.

La imágen tétrica y sombría del que estaba en la puerta no se movía.

—Él primero,—repitió Federico.

—Sí, yo primero, mónstruo; así debe ser,—dijo Leon.

Al mismo tiempo D. Pedro y la criada acudían á Pepa, y alzándola en sus brazos la extendían sobre el sofá.

—Tú primero,—repitió Federico, en quien el cinismo se oscureció un momento para dar paso á un poco de dignidad.—Si así no fuera, yo...

—Sí, yo primero,—dijo Leon con sarcasmo.—Es justo.

Y dirigiéndose á la dama que sin conocimiento reposaba pálida é inerte, la contempló un rato. Despues miró á Cimarra, se inclinó sobre Pepa, la besó en las mejillas con ardiente cariño, volvió á mirar al de la puerta y le dijo:

—Estafermo, mira cómo me despido de la que llamas tu mujer... Si esto es crimen, mántame; tienes derecho á ello. ¿Has traído algun arma?

—Sí,—dijo lúgubrementemente Federico metiendo la mano en el bolsillo del pecho.



Entonces pareció que de aquel sér abyecto, verdadero cadáver con prestada existencia, brotaba súbitamente como fuego fátuo que salta sobre el estiércol, un chispazo de decoro, de energía, de dignidad. Fuése derecho á su rival, la mano armada, la voz rugiente, la mirada amenazante. Leon le esperó con calma. D. Pedro y el anciano sujetaron á Federico, impidiéndole todo movimiento. Forcejeando trabajosamente con él lograron llevarle fuera. Leon entre tanto permanecía en medio de la habitacion con los brazos cruzados.

—¡Fuera de aquí!— gritaba el anciano á su sobrino.

—Yo me encargo del otro,—decia don Pedro.

D. Justo Cimarra se llevó, casi arrastrado, á Federico y no permitiéndole detenerse ni un momento, le sacó del palacio.

Con tanta firmeza como dolor salio Leon por otra puerta. Acompañóle Fúcar hasta la sala japonesa, donde le dejó arrojado en un divan como cuerpo sin vida.

—Vete, vete de una vez y acaben estos afa-  
nes,—dijo corriendo á donde habia quedado su hija.

## XX

## Final.

Largo rato estuvo allí Leon sin conciencia del tiempo que transcurría. Lentamente volvieron sus alteradas facultades, si no al reposo, á un estado en que les era posible la apreciacion exacta de las cosas. Se levantó para retirarse y pasó de una sala á otra buscando el camino del pórtico. Hallándose al fin cerca de él se detuvo, porque creyó oír cuchicheo de visitantes. Torciendo el camino bajó por una escalera que al paso encontró y que le condujo á la crugia baja. Por allí quiso buscar la salida al jardín. Despues de andar un rato por los largos y tortuosos pasillos de servicio, vió en el extremo de ellos una puerta; empujola.

Toda la sangre se le agolpó al corazon y sintió en su interior como el golpe de una